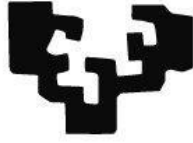


eman ta zabal zazu



Universidad  
del País Vasco

Euskal Herriko  
Unibertsitatea

La retórica epidíctica en la época  
imperial: El *Panatenaico* de Elio  
Aristides

Irantzu Armendariz Pagoto

Grado en Filología: Filología Clásica

Tutora: Elena Redondo Moyano

Curso 2020-2021

Departamento de Estudios Clásicos

## RESUMEN

A lo largo de la época Imperial la retórica obtuvo un notable desarrollo gracias, por un lado, a la buena acogida que tuvo dentro del marco de la Segunda Sofística y por otro, a las condiciones favorables ofrecidas por el contexto sociopolítico. De los tres géneros retóricos -judicial, deliberativo y epidíctico-, fue este último el que se acomodó con mayor éxito dentro del nuevo régimen político. La proliferación del género epidíctico está, a su vez, vinculada a la formación eminentemente retórica que los sofistas, autores y maestros del arte de la elocuencia y representantes del movimiento sofístico, recibían. Dicha formación se basaba fundamentalmente en ejercicios retóricos escolares y técnicas de construcción de discursos, para los que tomaban como modelos a los autores clásicos. A través de la imitación de estos modelos clásicos, los sofistas adquirieron y afincaron, no solo las técnicas y recursos necesarios para la elaboración de los discursos, sino también todo aquel conocimiento perteneciente a géneros poéticos u otros en prosa (como es el caso de la historiografía) que podían serles de provecho en su profesión.

Todo ello contribuyó, asimismo, a la proliferación de discursos encomiásticos dirigidos a personajes relevantes, dioses y ciudades. El *Panatenaico* de Elio Aristides, compuesto durante la primera mitad del siglo II d. C., es una de las obras más representativas de este último tipo de elogios. La trascendencia tanto de la obra, como del autor, se puede apreciar en la influencia que tuvieron en la literatura posterior y en el uso que hicieron de su obra los teóricos de la retórica y maestros de escuelas. Es por ello que tomaremos esta obra maestra como objeto de nuestro estudio y la analizaremos en relación con la tradición que heredó su autor, tratando de rastrear las ideas y los tópicos que en ella convergen.

# ÍNDICE

1. Introducción.....	3
2. Contexto político-cultural.....	4
3. Elio Aristides.....	9
4. El <i>Panatenaico</i> .....	10
4.1. Estructura retórica y argumentos fundamentales.....	11
4.2. Análisis crítico del <i>Panatenaico</i> .....	16
5. Recapitulación.....	25
6. Bibliografía.....	27
ANEXO I: Obras de Aristides.....	30
ANEXO II: La recepción de Aristides.....	32

## 1. Introducción.

De entre los tres géneros retóricos que fueron establecidos en la *Retórica a Alejandro* y en la *Retórica* de Aristóteles fue el epidíctico el que tuvo mayor relevancia en la época imperial. Efectivamente, el nuevo contexto político establecido por Augusto tras la batalla de Actium y la anexión de Grecia al Imperio romano redujo considerablemente el marco de ejecución de los discursos políticos o deliberativos y la calidad de los mismos, dado que, frecuentemente, pasaron a ser un mero instrumento para la difusión de las ideas de la política imperial, acercándose, por tanto, al discurso de encomio. Por otro lado, cambió también el procedimiento judicial en dos direcciones, por una parte, se fue imponiendo cada vez más el discurso escrito en lugar del oral y, por otra, se fue profesionalizando la práctica de la defensa y la acusación con la figura del abogado, figura técnica que se formaba en centros como la Escuela de Leyes en Beirut o la Cátedra de Leyes de la Universidad de Constantinopla.

Por el contrario, el género epidíctico, que había dado sus primeros pasos en la época clásica como discurso de aparato en el que se elogiaba la actuación favorable a la colectividad de una persona o grupo de personas, fue el que más desarrollo tuvo en el nuevo régimen imperial. Aunque en sus comienzos se entendía como mero despliegue de la brillantez oratoria del rétor que lo pronunciaba, la utilización que hicieron de él figuras históricas de la talla de Pericles le confirió pronto un matiz de instrumento de propaganda de las ideas que el régimen quería promocionar y fue este aspecto el que le dotó de una gran utilidad durante la época imperial.

La relevancia del género epidíctico, que en esta época se denomina preferentemente panegírico, se aprecia en los tratados de retórica, tanto en los de nivel medio-superior, los *progumnásmata*, en los que se estudia como tipo textual que formaba parte del discurso completo y la *meléte* practicada en la escuela, como los de nivel superior dedicados monográficamente al elogio, como en el *Dos tratados de retórica epidíctica*, que se atribuye a Menandro el Rétor.

El objetivo de nuestro trabajo es el estudio de uno de los discursos panegíricos más relevantes de la época imperial, el *Panatenaico*, que fue compuesto por Elio Aristides en honor de Atenas. Trataremos nuestro objetivo en los siguientes apartados:

1. En primer lugar, estableceremos el contexto político y cultural en el que se encuadra el autor y su obra. Para ello, proporcionaremos unas nociones sobre la forma en la que la instauración del nuevo régimen imperial afectó política, social y culturalmente al ámbito griego. Asimismo, caracterizaremos brevemente el movimiento cultural en boga de la época, la Segunda Sofística, y a sus representantes, los sofistas. Finalmente, veremos la evolución desigual de los tres géneros retóricos: deliberativo, judicial y epidíctico, prestando especial atención a este último.
2. Después, presentaremos a Elio Aristides, uno de los sofistas más reconocidos de la época. Con este fin, ofreceremos al lector una breve biografía y una mención de sus numerosas obras.
3. En el tercer apartado hemos situado el estudio del *Panatenaico*. Comenzaremos con una introducción, estableciendo la fecha de composición en relación con el contexto. Proporcionaremos, luego, el esquema retórico de la obra enumerando las ideas y argumentos fundamentales que contiene y por último, analizaremos la relación del discurso con la tradición que le precedió.
4. En un breve apartado final recogeremos los datos fundamentales para la comprensión del discurso.

El trabajo se completa con dos Anexos, el I, donde se da cuenta con mayor detalle de la amplia producción literaria de Aristides, y el II, en el que se trata la recepción de este autor en los siglos posteriores.

## **2. Contexto político-cultural.**

Todos los lugares de habla griega que fueron siendo sometidos paulatinamente a Roma sufrieron importantes cambios tanto desde el punto de vista político como cultural. La pérdida de autonomía política trajo consigo importantes consecuencias sociales y culturales, que pudieron tomar un nuevo rumbo a partir del final de las Guerras Civiles. Terminadas estas guerras, la *pax* augústea permitió que se consolidase la estabilidad ciudadana y supuso el crecimiento económico de las ciudades que ya no se veían en la obligación de sufragar los gastos de las mencionadas contiendas bélicas;

este hecho favoreció, asimismo, la evolución de las ciudades griegas hacia una estructuración social más aristocrática de inspiración romana. Efectivamente, las clases dirigentes helenas fueron cada vez más conscientes de las ventajas que les proporcionaba el ala protectora del Imperio y se convirtieron en sostenedoras y propagandistas del nuevo régimen. Su agradecimiento por el futuro esperanzador que se abría para sus ciudades lo expresaron fundamentalmente por medio de la retórica, disciplina que mantuvo en estos tiempos su función como instrumento político, si bien su marco de acción resultó, como veremos, considerablemente mermado.

La retórica fue especialmente bien acogida dentro del marco social y cultural propiciado por el movimiento de la Segunda Sofística, que estuvo vigente entre los siglos I-III d. C. y cuya ‘alma’, nos dice Pernot, era el propio arte de la elocuencia (Pernot 1993, 55). La denominación de este movimiento se la debemos a Filóstrato de Atenas (ca. 170-250 d. C.) y aparece por primera vez en su obra *Vidas de los sofistas*. A este movimiento cultural se le denomina ‘segundo’ por comparación con el movimiento sofístico por antonomasia que se produjo en los siglos V-IV a. C. principalmente en Atenas. Si bien ambas sofísticas se diferencian por el contexto en el que se desarrollaron y por los fines que perseguían, es cierto que comparten el mismo instrumento mediante el que expresarse: la retórica.

Respecto al surgimiento de este movimiento cultural, no parece haber un consenso unánime entre los estudiosos, pues, a pesar de que el debate comenzó a principios del siglo pasado, todavía no se ha llegado a una conclusión satisfactoria. Es posible rastrear los orígenes de la Segunda Sofística hasta una serie de fenómenos que tuvieron lugar ya desde el siglo I d. C., aunque es difícil determinar en qué medida pudieron haber influido en la eclosión del movimiento. De entre estos fenómenos son destacables: una cierta tendencia al clasicismo, la polémica entre los partidarios de Apolodoro y Teodoro y el pujante movimiento aticista<sup>1</sup>.

Los autores de discursos y oradores de esta época reciben preferentemente el nombre de sofistas, si bien es cierto que no resulta sencillo agrupar a todos los representantes de este movimiento bajo una misma definición. El ideal de sofista que nos presenta Filóstrato en su obra viene asociado a tres elementos principales: la enseñanza de la retórica, el despliegue oratorio público y la influencia social, así como la gloria, la

---

<sup>1</sup> Para más información acerca del posible origen del movimiento y los debates entre los estudiosos del tema, cf. Ritcher y William (eds.) 2017, 11-24 y Reardon 1971, 64-80.

riqueza, los viajes, etc., que de ella derivan<sup>2</sup>. A pesar de que no todos responden a la descripción de Filóstrato, dado que existían especialistas en retórica que ejercían como maestros y oradores en poblaciones de menor importancia, los sofistas más destacados establecieron relaciones con la élite romana y, por tanto, contaban con el apoyo de esta élite y hasta del propio emperador; disfrutaban, por tanto, de un cierto grado de poder, ya que tenían acceso e influencia en los altos mandos del gobierno imperial. Estos mismos sofistas, a menudo, estaban relacionados entre ellos, ya fuera por parentesco, por haber compartido estudios o por las relaciones entre maestros y discípulos, lo cual les permitió formar una red profesional que abarcaba toda la ecúmene, de modo que directa o indirectamente se conocían, se leían y se escuchaban mutuamente<sup>3</sup>. Todo ello era posible gracias a que la actividad retórica de esta época era homogénea en todos los lugares que estaban bajo el dominio de Roma, de manera que el ambiente cultural no distaba mucho de un lugar a otro del Imperio, pese a que se desarrolló principalmente en las ciudades orientales de Asia.

La práctica de la oratoria estuvo estrechamente vinculada a la formación eminentemente retórica, la cual tuvo, a su vez, un papel importante a la hora de definir y modelar el carácter de la misma en época imperial. La formación académica era el paso previo a la práctica oratoria que todo rétor debía seguir. Su programa educativo, heredado de épocas anteriores, se basaba fundamentalmente en ejercicios retóricos, denominados *progumnásmata*, y declamaciones o *meléte*, los cuales se fueron configurando durante siglos a partir de la imitación (*mimesis*) de modelos de autores antiguos, entre los que destacan los representantes del género retórico de época clásica, tales como Demóstenes, Lisias o Isócrates. Este continuo contacto con los autores clásicos favoreció la tendencia clasicista que había surgido anteriormente y se mantuvo hasta el siglo III d. C., incentivada, probablemente, por un sentimiento de nostalgia fruto de la evocación del pasado glorioso que se deja entrever en sus obras<sup>4</sup>. Asimismo, esta tendencia se bifurcó en dos corrientes: el asianismo y el aticismo<sup>5</sup>. El primero es un estilo más recargado donde abundan recursos como los juegos de palabras, la repetición de ritmos musicales y efectos de sonido, así como los paralelismos y las antítesis: se

---

<sup>2</sup> Cf. Pernot 1993, 55. Un estudio más extenso sobre los privilegios de los que gozaban los sofistas y la relación que tenían con el emperador nos lo ofrece Bowersock 1969, 30-58.

<sup>3</sup> Cf. Pernot 1993, 55-56.

<sup>4</sup> Cf. Ritcher y William (eds.) 2017, 42.

<sup>5</sup> Para un estudio más en profundidad de las tendencias clasicistas de la época cf. Ritcher y William (eds.) 2017, 41-66 y Reardon 1971, 80-96.

trata, en definitiva, de un estilo más 'barroco'. En cambio, el aticismo promueve el uso de un estilo más sencillo y sobrio tomando como modelo a los oradores áticos. Esta última fue, finalmente, la tendencia que se impuso como lengua literaria de la época.

La práctica oratoria de los tres géneros retóricos -judicial, deliberativo y epidíctico-, fue muy desigual. La instauración del nuevo régimen imperial fue sin duda un factor determinante en el descenso de la actividad retórica de algunos campos, así como de la calidad de la misma. En el ámbito judicial, los pleitos donde la acusación y la defensa por parte de ambos litigantes se exponían de manera oral fueron perdiendo paulatinamente el interés del público, pues las gentes ya no se desplazaban hasta los tribunales para disfrutar del despliegue oratorio que se daba en ellos, salvo cuando su protagonista era algún personaje relevante. A este cambio contribuyó, en gran medida, el desarrollo creciente de la abogacía, que trajo como consecuencia una profesionalización del medio legal e hizo que fuera preciso tener una formación específica para poder ser partícipe de estos juicios. Esta tendencia fue creciente a lo largo de toda la época imperial como demuestran las escuelas que fueron surgiendo en los primeros siglos de nuestra era para formar a los abogados, entre las que fueron muy reputadas la Escuela de Leyes de Beirut o la Cátedra de Leyes de la Universidad de Constantinopla. En paralelo, se fue imponiendo la práctica de presentar las defensas o acusaciones en documentos escritos, con lo que se facilitaba la labor de los jueces pero se producía un notable descenso de la expresión oral.

El dominio de Roma y su régimen imperial provocó también importantes cambios en la oratoria deliberativa, que se vio relegada a instituciones como el Senado, algunos contextos militares, las embajadas o distintos órganos de carácter local o religioso. Además, la trascendencia de las decisiones que se pudieran adoptar en los últimos contextos citados no era demasiado elevada, ya que estaban sometidas a la voluntad e intereses del gobernador, que representaba al emperador, o de este en persona. En general, los discursos políticos dejaron de ser la expresión de la confrontación de ideas y acabaron por convertirse en expresiones de apoyo de las ideas políticas defendidas por el Imperio y, por tanto, quedaron de alguna manera diluidos en el discurso encomiástico.

En cambio, la oratoria epidíctica obtuvo un desarrollo considerable en época imperial, puesto que resultó ser la que mejor acomodo encontró dentro del nuevo contexto socio-político. Los discursos de elogio siguieron manteniendo su carácter



ocasional, pero pasaron a pronunciarse en eventos especiales de la vida de los gobernantes o de personas de alta categoría social, así como en conmemoraciones por las victorias obtenidas, o en las fiestas tradicionales de las ciudades, donde, como veremos, fueron adquiriendo una relevancia creciente. En general, su representación no faltaba en eventos panhelénicos, como pueden ser competiciones o festividades, es decir, ocasiones en las que se reunía un público numeroso y variado, y que, por tanto, resultaban ideales para transmitir, mediante el elogio de personas o ciudades, los valores que los dirigentes querían promocionar.

Así pues, las circunstancias sociopolíticas y culturales favorecieron el desarrollo creciente del género epidíctico a lo largo de los siglos I-III d. C. Ante la cantidad de eventos que ofrecía el calendario anual, así como de acontecimientos ocasionales donde se representaban discursos panegíricos, los sofistas se vieron en la necesidad, por un lado, de desarrollar las formas de elogio tradicionales y, por otro, de crear otras nuevas. De este modo el elogio acabó por monopolizar una parte muy relevante de la literatura de la época, absorbiendo algunas manifestaciones del género deliberativo, además de otras formas de expresión que originalmente pertenecían a la poesía lírica. Por tanto, encontramos en esta época muchos y variados ejemplos de elogios<sup>6</sup>, entre los que se distinguen aquellas composiciones dirigidas a personas, generalmente a personajes contemporáneos relevantes donde destaca especialmente el elogio al propio emperador. Asimismo, las ocasiones que propiciaban el encomio a una o más personas dieron lugar a la aparición de elogios de bienvenida, de despedida y otros correspondientes a eventos familiares, como bodas (herederos de los antiguos cantos nupciales), aniversarios o funerales. Por otra parte, encontramos discursos encomiásticos de la divinidad (equivalentes en prosa a los himnos poéticos), personajes mitológicos, plantas, animales, objetos o abstracciones, a menudo incorporados dentro de composiciones mayores o vinculados a ejercicios escolares preparatorios, como es el caso de los *progumnásmata*. Del mismo modo, en época imperial resurgió el panegírico de ciudades que se había practicado ya en época clásica, tras haber desaparecido casi por completo en época helenística. A este tipo de elogio pertenece nuestro discurso.

---

<sup>6</sup> Pernot 1993, 76-102 nos ofrece una amplia clasificación de los diferentes tipos de elogio que proliferaron en esta época.

### 3. Elio Aristides.

Elio Aristides es uno de los representantes más reconocidos de la retórica de esta época y ocupa un lugar destacado dentro del movimiento de la Segunda Sofística. Son muchas las razones que posicionan al sofista en dicho lugar, en especial, la composición de una obra de carácter autobiográfico, los *Discursos sagrados*. Es esta, precisamente, la que más información nos brinda acerca de la vida del autor, sin contar con la que nos ofrece el propio Filóstrato en sus *Vidas de los sofistas*<sup>7</sup>.

Aristides nació en una ciudad de la región de Misia, en Asia Menor, aunque desconocemos la fecha exacta, ya que las diferentes propuestas varían entre el 117 y el 129 d. C.<sup>8</sup> Habría sido hijo de un terrateniente importante y posible sacerdote de Zeus, por lo que la situación económica familiar le habría permitido recibir una esmerada educación. Se trasladó a Esmirna, ciudad a la que estaría muy vinculado durante toda su vida, para recibir las primeras enseñanzas sobre retórica de la mano de Alejandro de Cotio y, posteriormente, quedó a cargo de distintos maestros como Herodes Ático en Atenas, Claudio Aristocles en Pérgamo y tal vez Polemón en Esmirna. Además, su formación no se limitó a la retórica sino que estudió también otras ramas del saber como la filosofía y la poesía lírica, siguiendo el modelo educativo de su época.

Por otra parte, tenemos noticias de sus viajes a Egipto hacia el año 141 y, después, a Roma en el 143. En este último habría contraído una grave enfermedad que le afectaría profundamente durante el resto de su vida. Él mismo da cuenta en sus *Discursos sagrados* de la sintomatología y de su recuperación gracias a las prescripciones del dios Asclepio, que recibía, según era habitual en la época, a través de los sueños que dicha divinidad le enviaba. Una vez recuperado de su enfermedad tras trece años de tratamiento, Aristides regresó a su actividad retórica pronunciando diferentes discursos en distintas ciudades del imperio como en la propia capital, Roma, y otras del ámbito cultural griego<sup>9</sup>. Además, Filóstrato nos hace llegar la noticia de que Aristides habría

---

<sup>7</sup> En lo que respecta a autores modernos, Wilamowitz y Boulanger son esencialmente quienes han expuesto la biografía del autor a lo largo del siglo pasado, cf. Alsina 1988, 1044. Sin embargo, La información biográfica más completa se encuentra en la obra del historiador Cortés Copete 1995, una obra monográfica sobre Aristides y su tiempo que está organizada según el eje cronológico.

<sup>8</sup> Últimamente parece que la tendencia general es a establecer el 117 como año de nacimiento más probable, zanjándose la discusión con la interpretación que hizo Bher del horóscopo que nos proporciona el mismo Aristides. Dicha interpretación fecha el nacimiento concretamente el 26 de noviembre de 117, cf. Gascó y Ramírez de Verger (eds.) 1987, 58 y nota 30.

<sup>9</sup> Las ciudades más importantes de Grecia desde el punto de vista cultural en esta época eran: Atenas, Pérgamo, Esmirna, Éfeso, además de Alejandría en Egipto y la capital, Roma.

sido el encargado de recibir al emperador Marco Aurelio en su visita a Esmirna en 176 y que habría ayudado a sus habitantes a reconstruir esta ciudad tras el terremoto que la destruyó en 177. Finalmente, se establece la fecha de su fallecimiento hacia el 187 d. C., posiblemente a causa de una complicación en su ya de por sí delicada salud.

En cuanto a la producción de Aristides, se nos han transmitido cerca de 51 obras<sup>10</sup>, las cuales presentan algunos problemas de clasificación debido a la riqueza y variedad de las mismas. Es por ello que podemos encontrar diferentes intentos de clasificación realizados por distintos autores<sup>11</sup>. Según el teórico Menandro el Rétor, para el cual el sofista fue todo un modelo a seguir, la obra de Aristides en su totalidad debería ser considerada literatura epidíctica a excepción de los *Discursos Sagrados*. Este hecho nos lleva a pensar que “las declamaciones, los encomios (a un dios, a una persona o a una ciudad), los discursos políticos o la defensa de la Retórica reflejan pura y simplemente una oratoria epidíctica que se enseñaba, deleitaba y fascinaba al público del siglo II a. C.” (Gascó y Ramírez 1987, 51). Sin embargo, es pertinente establecer una clasificación de su obra en apartados diferenciados<sup>12</sup> para así ofrecer una visión que dé cuenta de la producción literaria del sofista. Así pues, encontramos: doce declamaciones, seis discursos políticos, ocho discursos epidícticos, once himnos, seis obras teóricas y una disertación *Contra las representaciones dramáticas*, además del *Discurso egipcio* y las seis obras que componen sus *Discursos Sagrados*<sup>13</sup>.

#### 4. El *Panatenaico*.

El *Panatenaico* es un discurso de alabanza a Atenas, el más relevante de este subgénero de encomio a ciudades que Aristides cultivó en varias ocasiones<sup>14</sup>. Hay un consenso bastante extenso en cuanto a la ocasión de su representación, las Panateneas,

---

<sup>10</sup> Algunos autores anteriores a Boulanger hacen un recuento total de 53 obras, atribuyéndole a Elio Aristides dos libros sobre *Técnica retórica* que tradicionalmente habían sido transmitidos bajo su nombre, si bien Boulanger demostró que no podía ser el autor de los mismos, cf. Gascó y Ramírez de Verger (eds.) 1987, 50.

<sup>11</sup> Boulanger ofrece una división en cinco apartados al igual que Klein, si bien ambos siguen criterios de clasificación diferentes, mientras que Reardon prefiere diferenciar ocho categorías dentro de su producción, cf. Gascó y Ramírez de Verger (eds.) 1987, 50.

<sup>12</sup> Para ello se ha seguido la clasificación ofrecida por Reardon 1971, 125-126 que, según él mismo dice, está basada en la de Boulanger (n. 14) si bien establece algunas diferencias.

<sup>13</sup> En el ANEXO I se ofrece un esquema que pretende exponer con mayor detalle las obras que pertenecen a cada apartado.

<sup>14</sup> Otros panegíricos de ciudades de Elio Aristides son el discurso *A Roma* y *A Cícico*.

fiestas seculares y emblemáticas de la ciudad, que se encontraban entre los seis juegos panhelénicos reconocidos por Roma. Estas fiestas se celebraban en una Atenas que en época de Aristides había sido embellecida gracias al filohelenismo del emperador Adriano y al evergetismo de Herodes Ático<sup>15</sup>. La fecha exacta de composición es discutida: Lenz<sup>16</sup>, tras realizar una comparación con el *Himno a Atenea* (XXXVII Keil), fechado en torno a 161-169 d. C., y darse cuenta de que ambas obras compartían muchas de las ideas y los temas que trataban, concluyó que la fecha de composición de ambas obras debía ser cercana. Por su parte, Oliver, teniendo en cuenta estos datos y considerando que el estado actual del discurso fue fruto de una elaboración y reelaboración realizada durante varios años, sitúa el fin de la composición y su representación entre 165 y 170<sup>17</sup>. La idea de que fue reelaborado se basa en la longitud del *Panatenaico*: es un discurso tan extenso que se piensa que no pudo ser representado en una única sesión<sup>18</sup>; de ahí que, ya desde la época bizantina, se considere que hubo una versión oral realmente representada y que, más tarde, esta versión fue remodelada hasta adquirir su forma actual<sup>19</sup>. En la monografía más reciente, la de Oudot 2016, se sitúa la composición de la obra en el reinado de Antonino<sup>20</sup>.

#### 4.1. Estructura retórica y argumentos fundamentales.

El *Panatenaico* está dividido en tres partes de desigual extensión, que se establecen de acuerdo con la preceptiva retórica: consta de un proemio inicial (§1-7), un centro argumentativo (§8-401) y una peroración final (§402-404). El proemio, como suele ser habitual, es breve (§1-7) y en él se expone el objetivo que Aristides perseguirá a lo largo de la obra: agradecer a los atenienses su labor como benefactores de la comunidad griega, en especial en el ámbito de las artes y la retórica, resaltando las virtudes de la

---

<sup>15</sup> Cf. §401, donde el discurso se presenta como un *péplos* ofrecido a Atenea. Pausanias (1.2.4.7) da cuenta de que una estatua de Hadriano se erigía en el Partenón, al lado de la estatua de Atenea; este mismo emperador había situado la sede del Panhelenion en Atenas, cf. Oudot 2016, 56.

<sup>16</sup> Cf. Oliver 1968, 33.

<sup>17</sup> Argumentando que la abundancia de términos referidos a la *nike* presentes en el discurso estarían de algún modo influenciadas por las victorias de Lucio Vero en las guerras páticas (161-165/6 d. C.) que habrían tenido gran repercusión en Asia Menor dada su cercanía. Asimismo, el levantamiento de los Castobocios en 170 d. C. sirve de fecha límite, cf. Oliver 1968, 33.

<sup>18</sup> Cf. Cortés Copete 1995, 112.

<sup>19</sup> Oliver, uno de los principales estudiosos de este discurso, llega a establecer, incluso, que la reflexión incluida en las secciones 185-188 hace las veces de proemio de la que consideran una segunda parte, cf. Oliver 1968, 13.

<sup>20</sup> Cf. Oudot 2016, 24, n. 3

ciudad y de sus habitantes. El autor considera que el método más adecuado para alcanzar su propósito es hacer uso de la disciplina que había alcanzado cimas de cultivo muy relevantes en Atenas, la retórica, la única capaz de proporcionar una forma literaria adecuada para celebrar todas las formas de superioridad de Atenas. La dificultad de la empresa a que se enfrenta, un tópico retórico de esta parte estructural del discurso, toma en esta obra una forma doble: por un lado, es difícil el objeto a elogiar, Atenas, debido a que es de una cualidad y riqueza inigualable; por otro, complica la empresa el hecho de que ya existen numerosos textos de alabanza de misma *pólis*, de modo que los argumentos más relevantes para encomiarla ya han sido utilizados. Sin embargo, Aristides constata, a la vez, que las obras encomiásticas anteriores son parciales, porque en ningún caso abarcan todos los aspectos elogiados de la ciudad, de manera que no ofrecen una imagen completa de la misma. En consecuencia, él se propone llevar a la práctica ese reto, el elogio total de Atenas, un elogio que esté a la altura de las acciones que la ciudad ha llevado a cabo, actuando como un *agonistés*<sup>21</sup> que se mide con cada discurso anterior en particular, y con todos en su conjunto.

En el centro argumentativo se abordan los distintos aspectos por los que Atenas es digna de elogio en apartados bien diferenciados. En primer lugar, se hace alusión a la descripción geográfica de la ciudad, la región y su entorno, junto con la constatación de la productividad de su tierra (§8-23). Se nos presenta a la ciudad de Atenas como hija del Ática, tierra que es, a su vez, madre de sus habitantes y proveedora de las mejores virtudes, como la filantropía y el modo de ser pacífico, que son en los atenienses originales y, por tanto, se manifiestan a lo largo de toda su historia. La propia geografía del lugar, la particular *phúsis* de que está dotada, favorece la hospitalidad de los atenienses, que disfrutaban de numerosos puertos y enclaves naturales los cuales facilitan la acogida de comerciantes, intelectuales y, en general, de todos aquellos que precisen de un refugio en tiempos de necesidad<sup>22</sup>. Su buen clima, las estaciones templadas y la abundancia de fuentes de agua naturales favorecen una producción abundante y de calidad tanto en las tierras cultivables, como en las montañosas. En la acrópolis de Atenas, que ocupa el centro de la ciudad, convergen lo divino y lo humano. El favor divino del que goza hace, a su vez, que la ciudad ocupe una posición central en el Ática

---

<sup>21</sup> Cf. Oudot 2016 25, n. 10, donde se cita a Downie 2011.

<sup>22</sup> Como Oudot 2006, 209 señala, el propio paisaje del Ática es “la preuve visuelle de la *φιλιανθρωπία* des Athéniens, il offre un signe (*σύμβολον*) de l’humanité des habitants, car s’il s’avance dans la mer, c’est pour l’appriivoiser (*τὴν θάλατταν ἡμεροῦσα*), et s’il tend une main, c’est pour accueillir les voyageurs qui arrivent de la mer”.

y que esta región sea el centro de la Hélade, *axis mundi*<sup>23</sup>, una posición estratégica que hace que solo a ella le sea “dado por naturaleza acaudillar al pueblo” (§9)<sup>24</sup>.

Indisociablemente ligadas a la tierra ática están las gentes que la habitan, su crianza y su educación (§24-39). En esta sección el argumento de mayor peso es la autoctonía que se atribuye a los atenienses. A lo largo de su historia, los atenienses nunca fueron doblegados por un pueblo extranjero, ni fueron expulsados de otra tierra, ni llegaron al Ática procedentes de otro lugar: son hijos de la tierra ática, y, por tanto, son los mejores y los más virtuosos, y los únicos que pueden realmente distinguirse de los bárbaros o extranjeros (§26).

Las cualidades de los atenienses se manifiestan en las acciones que realizaron en relación con la divinidad (§40-48) y con los demás hombres (§49-74). La piedad y el cumplimiento de los preceptos de la divinidad que caracterizan a los atenienses les han proporcionado numerosos dones divinos, entre los que destaca que Atenas fuera la única ciudad cuyo patronazgo se disputaron dos dioses<sup>25</sup> y que fuera elegida hasta en dos ocasiones como sede de un tribunal de litigios divinos<sup>26</sup>. En correspondencia, los atenienses instauraron diferentes festividades en honor de los dioses y edificaron los templos y las estatuas que decoran la ciudad.

Respecto a sus acciones en relación con los demás hombres, la virtud que caracteriza a los atenienses es la filantropía, su afán en ayudar a los demás, que se materializa en compartir sus recursos y sabiduría con el resto de pueblos, algo que realizaron en las distintas expediciones colonizadoras a las islas del Egeo, Asia Menor, el mar Mediterráneo y el mar Negro. De este modo, Atenas logró expandir su cultura por todo el mundo conocido y se posicionó como líder cultural. Además, esta misma cualidad les llevó a los atenienses a acoger y asistir a quienes acudían a su ciudad como refugiados, lo que la convirtió en “la patria y el hogar común del linaje heleno” (§61).

El bienestar de la comunidad helena fue el objetivo de las distintas acciones bélicas (§75-319) que los atenienses llevaron a cabo, ya fueran estas contra enemigos bárbaros

---

<sup>23</sup> Cf. Gascó y Ramírez de Verger (eds.) 1987, 123, n. 20.

<sup>24</sup> Todas las citas del discurso que aparecen a lo largo del trabajo están extraídas de la traducción recogida en la edición de Gredos (eds. F. Gascó y A. Ramírez de Verger) recogida en la bibliografía final.

<sup>25</sup> Alude a la disputa entre Atenea y Poseidón por el patronazgo de la ciudad, de la que resultó victoriosa la primera. (§41-43)

<sup>26</sup> Fue Poseidón quien llevó a Ares a juicio en primer lugar acusándolo de haber asesinado a su hija. Fue el nombre de Ares precisamente el que dio nombre al lugar donde se celebró el juicio, el Areópago. El segundo fue el juicio a Orestes por el asesinato de su madre que precisó de intervención divina.

o contra otros pueblos helenos. En todos los enfrentamientos en los que tomaron parte, las hazañas legendarias y más antiguas (§75-91), las Guerras Médicas (§92-209), las guerras “en favor de los helenos” (§210-263), periodo que incluye la *Pentecontecía* y Guerra del Peloponeso (§228-263), las guerras entre los griegos del siglo IV (§264-313) y, finalmente, las guerras contra Filipo de Macedonia y Alejandro (§314-316), los atenienses protagonizaron numerosas hazañas mostrando en ellas su fortaleza y su valentía, esforzándose siempre en defender lo que es justo, sacrificándose en aras del bien común. La magnanimidad de Atenas se mostró particularmente en la defensa de todos los helenos frente al rey persa, dado que la ciudad estaba también en lucha y rivalidad con otras ciudades helenas a las que tuvo que enfrentarse por necesidades del Imperio (§308). Y, cuando resultó victoriosa, instauró la paz, devolviendo a los helenos lo que les pertenecía sin tomar nada a cambio, manifestando, de este modo, tanto su superioridad en la guerra, como su natural buena disposición; fue solo al ser persuadida por las ciudades griegas que accedió a ostentar hegemonía, sin ser esa realmente su intención. Más adelante, cuando quedó privada de fuerzas, la ciudad soportó las desgracias con buen ánimo, mejor que ninguna otra ciudad que hubiera estado en su situación, y no se dejó dominar nunca, convirtiéndose así en modelo para todos, en paradigma de la esperanza en tiempos difíciles. La victoria de Atenas fue, por tanto, doble, ya que venció a sus enemigos, primero, por las armas y, después, gracias a su buen ánimo y su benignidad. La sucesión de hazañas bélicas se cierra con un breve epílogo en el que se recopilan las virtudes ya expuestas, se declara a la ciudad símbolo común de la Hélade (§317-319), y se destaca, por un lado, su capacidad para perdonar a quienes la ofendieron y, por otro, su función como mediadora que impidió que otras ciudades cometieran actos perjudiciales para la Hélade (§320-321).

Las secciones §322-330 están dedicadas al elogio de la lengua ática, a la que Aristides considera “el gran Imperio de los atenienses” (§327). Gracias a ella se transmite la cultura helena a otros lugares del mundo, convirtiéndose así en la lengua de la civilización y la educación, debido a las cualidades básicas que posee, como son la dignidad y donosura, que la hacen adecuada para cualquier evento público. Estas cualidades proporcionan a las composiciones en ático una mayor calidad y convierten a la ciudad en líder en sabiduría y educadora del mundo.

La parte final de esta sección estructural abandona la naturaleza cronológica de la narración histórica para adquirir un carácter temático: en ella Aristides expone el lugar

que ocupa la ciudad de los atenienses en el Imperio romano como el resultado de toda su trayectoria (§331-334). Por su labor como progenitora del linaje humano y benefactora de todos los pueblos, Atenas siempre fue admirada y respetada por otras ciudades y, por ello, incluso cuando perdió su autonomía política quedando sometida al poder romano, mantuvo un lugar privilegiado con respecto a las demás ciudades, como demuestra el hecho de que Roma “no rechaza honrar a Atenas como si se tratara de un maestro y nodriza, sino que tan grande es la abundancia de sus honras que ahora la ciudad tan solo es diferente en cuanto a que no se ocupa de cuestiones importantes” (§332). Esta posición privilegiada es, a su vez, la causa de que todos ambicionen relacionarse con la ciudad, para ser partícipes con ella de sus privilegios.

El último apartado de la argumentación (§335-401) es una recapitulación de todos aquellos motivos por los cuales Atenas es superior al resto de ciudades. Respecto a los dioses, Atenas obtuvo muchos dones por su condición de ser la mejor y ella correspondió construyendo templos, ofreciendo sacrificios, haciendo procesiones a lo largo del año e instaurando festividades en su honor y, si alguna la adoptó de otra ciudad, la elevó a la más alta categoría, superando a todas en piedad. Con los hombres compartió los dones, los frutos y la sabiduría, estando dispuesta siempre a ayudarles: les aportó también las leyes, las letras y las artes, entre las que destaca la propia retórica. Cuando hubo problemas, fue la primera en salir en defensa de los necesitados, haciendo gala de su filantropía y valentía, así como de su sentido de justicia y, gracias a estas virtudes, cosechó muchos éxitos tanto en casa como en el extranjero. La pericia de los atenienses se manifestó en todo tipo de batallas, navales, terrestres, ecuestres y asedios, en los que fue superior al resto: “Llevó a cabo las guerras más numerosas e importantes en favor de las mejores razones y vinieron de Atenas las victorias más numerosas y hermosas, los consejos más numerosos y hermosos y en todo sobresalientes fueron los de la ciudad” (§348). Todo ello fue posible porque la ciudad ofrecía a los hombres todo lo necesario para llegar a ser virtuosos: prosperidad, cultura y recursos bélicos. Gran parte de la magnificencia de Atenas viene determinada por su entorno y la utilización que han hecho los atenienses de él, gracias a la cual es la ciudad más grande, la más hermosa y la mejor decorada, con las mejores obras de arte y con numerosos recursos como bibliotecas, baños, estadios y gimnasios. De ella proviene uno de los siete varones considerados sabios y uno de los tres legisladores, además de numerosos generales relevantes; en ella surgieron las costumbres más cívicas y democráticas que quedan de



manifiesto en los discursos fúnebres, en la educación que recibían los hijos mayores de edad a expensas del estado y en la asistencia a los ciudadanos imposibilitados; en ella tienen lugar los mejores juegos, los que se celebran en las fiestas Panateneas. Los atenienses fueron los mejores en asuntos bélicos y también los más justos, tanto por su actuación en calidad de árbitros de las disputas, como por sus contribuciones legislativas: fueron los primeros en adoptar los tres tipos de constitución, la monarquía, la aristocracia y la democracia, gracias a que contaron con numerosos dirigentes íntegros, que siempre miraron por el bien de la población en vez de actuar en beneficio propio, un logro que la ciudad obtenía por otorgar valor y honra a los más virtuosos frente a los más ricos, promoviendo la existencia de una sana competición por alcanzar el mayor grado de virtud<sup>27</sup>.

La última sección del discurso, la peroración final (§402-404), la dedica Aristides a conjurar la envidia que la evidente superioridad de Atenas podría hacer surgir en las demás ciudades, invitando a todos a participar de los bienes atenienses y a sentirse orgullosos de ella.

#### **4.2. Análisis crítico del *Panatenaico*.**

El objetivo que Aristides se propone en el *Panatenaico*, el alabar a Atenas desde todos los puntos de vista posibles, se hace realidad gracias al buen conocimiento de toda la literatura encomiástica anterior que el sofista posee. Efectivamente, él mismo menciona en el exordio los distintos géneros que se han ocupado del elogio a Atenas, pero que han sido incapaces de lograr completamente su objetivo: son los géneros poéticos, la oración fúnebre, la historia y los tratados políticos. El autor utiliza los distintos aspectos encomiásticos que aparecen en tales obras, a las que toma como fuentes, pero lo hace con perspectivas diferentes.

En la poesía épica encontramos ya diversos epítetos<sup>28</sup> que describen características de las ciudades, pero, a menudo, son puramente descriptivas (como la “arenosa” Pilos, *Il.* 2.77, o la “escarpada” Troya, *Il.* 9.419, o la Dodona “de crudos inviernos”, *Il.* 16.234) y no particularmente encomiásticos. Sin embargo, aparecen otras cualidades elogiadas de

---

<sup>27</sup> Sobre la manera en que Aristides dispone los *tópoi* del encomio en esta historia de Atenas, cf. Pernot 1993, 324-325.

<sup>28</sup> Cf. Redondo-Moyano 2010, 308-311.

las mismas, frecuentemente en relación con los productos naturales o animales que se encuentran en ellas (cf. Ptía “de fértil greba”, *Il.* 1.155, o Argos “criadora de caballos”, *Il.* 2.287), o con su riqueza (como la “opulenta” Corinto, *Il.* 2.570), o con el carácter de sus habitantes (como Cos “buena para vivir”, *Il.* 2.55); la propia Atenas aparece ya mencionada como un pueblo “de gran corazón” (*Il.* 2.547). Aristides aprovecha la tradicional descripción geográfica como obertura de su discurso, lo que le permite obviar el tema de los orígenes cronológicos de Atenas, cuestión escabrosa y que no era fácil de determinar (§7). Además, en los poemas homéricos se destaca ya la relación de las ciudades con los seres divinos (“divina” Pilos, *Il.* 1.252, “sagrada” Troya, *Il.* 5.648), que en Aristides es el fundamento tanto de la excepcional naturaleza de la ciudad y su región, como de la posición central de Atenas con respecto al Ática y a la Hélade (§9). Un comienzo tal, en el que la naturaleza y sus habitantes son un signo visible de la protección divina, determina la historia del pueblo ateniense, un pueblo que actúa siempre movido por los permanentes dones divinos que le han sido otorgados, de manera que el relato que se ofrece de su actuación es uniforme y queda excluida toda posibilidad de evolución, ya sea como progreso, ya sea como degradación<sup>29</sup>.

También en la poesía coral<sup>30</sup>, en los epinicios de Píndaro y Baquílides, dentro del elogio de los atletas vencedores, se mencionan encomiásticamente sus ciudades de origen, poniendo ahora el punto de mira en sus habitantes, los ciudadanos, tanto los pasados, los fundadores míticos que la relacionan con la divinidad, como sus descendientes, que la glorifican por sus victorias en los juegos panhelénicos. Lo interesante de estas obras es que el foco no está ya en el individuo, sino en la colectividad política a la que pertenece<sup>31</sup>. Esta es, fundamentalmente, la *pólis*, de la que se publicitan valores ajenos a la sociedad homérica, como son la convivencia pacífica, la justicia, la paz, su capacidad de acogida de extranjeros o el cultivo de la cultura y de las artes; pero también se considera que tal colectividad es la gran comunidad helena que acude a los juegos atléticos y acoge la fama que estos proporcionan<sup>32</sup>. Este punto de vista pudo ser el origen del particular tratamiento de Atenas que Aristides hace en el *Panatenaico*, en el que la ciudad “forme une entité, souvent personnifiée, qu'elle

---

<sup>29</sup> Cf. Oudot 2016, 31.

<sup>30</sup> Cf. Redondo-Moyano 2010, 311-320.

<sup>31</sup> Cf. Burnett 1985, 50, donde se resalta la idea de que los atletas, miembros de las familias más relevantes de las ciudades de donde procedían, obtenían gloria no sólo para sí mismos, sino también para toda la ciudad.

<sup>32</sup> Cf. Douglas 2007, 401, donde se destaca que el prestigio que proporcionaban las victorias atléticas funcionó como un mecanismo de cohesión de las ciudades en la unidad panhelénica.

apparaisse par le terme propre de *pólis* ou, métonymiquement, par son peuple, ensemble indifférencié et immuable” (Oudot 2016, 29-30).

Si en la poesía coral son numerosas las *póleis* que se mencionan, en la literatura de los siglos V-IV a. C., tanto en las obras dramáticas, como en la prosa de historiadores, filósofos u oradores<sup>33</sup> encontramos, por un lado, que el elogio a Atenas ocupa un lugar destacado entre las demás ciudades, y, por otro, que se dibuja de ella una imagen idealizada, fruto de los relevantes hechos históricos que protagonizó, fundamentalmente, la victoria de los griegos sobre los persas en las Guerras Médicas, y el surgimiento del régimen democrático. La gran relevancia de estos hechos enaltecó a Atenas hasta ser considerada el ideal clásico de ciudad<sup>34</sup>, una imagen que no resultó empañada ni por los excesos del llamado “Imperio Ateniense”, ni por su derrota frente a Esparta en la Guerra del Peloponeso.

Este ideal se desarrolló en gran medida dentro del marco del *epitáphios lógos* o discurso fúnebre que alcanzó su esplendor en la Atenas de finales del siglo V a. C. Este tipo de discursos, que eran pronunciados anualmente por algún político relevante en la comunidad<sup>35</sup>, tenían, en principio, como objetivo honrar, no ya a renombrados héroes individuales, sino a soldados ciudadanos anónimos caídos en batalla, a los que se recordaba colectivamente por el beneficio que habían aportado a la ciudad<sup>36</sup>; además de exaltar las virtudes de los caídos, se buscaba también reconfortar a los familiares de las víctimas y a los supervivientes. En la práctica y, según podemos observar en la obra más representativa de este género, la oración fúnebre de Pericles recogida en el libro II de la *Historia de la guerra del Peloponeso* de Tucídides (2.35.46), la parte más relevante de estos discursos la ocupaba un elogio de Atenas<sup>37</sup>, de la que se exalta el valor del ciudadano-soldado, que tiene su origen en sus antepasados, autóctonos del espacio

---

<sup>33</sup> Cf., p. e., Tucídides 2.35-46, Platón *Menéxeno* 236d4-249c8, *Gorgias* 82 B 5a, 5b y 6 (D.-K.), Lisias 2, (Pseudo)Demóstenes 60.285-288 e Hipérides, cf. Redondo-Moyano 2010, 321-322.

<sup>34</sup> Cf. Loraux 1993, 9.

<sup>35</sup> Píndaro en *P.* 3.112-115 y *N.* 7.61-63 nos informa de que este tipo de discursos estaban a cargo del poeta en la sociedad aristócrata. En cambio, la época clásica, su representación corrió a cargo de los políticos del momento (cf. Plutarco *Solón* 21) y, tal como Demóstenes apunta en *Leptines* 141, se cultivaron únicamente en la Atenas democrática, en el marco de unas fiestas, las *Epitáphia*, organizadas según las leyes de Solón sobre enterramientos y duelos, cf. Redondo-Moyano 2010, 321, n. 43 y 44 y 322.

<sup>36</sup> Kennedy 1963, 154 ofrece un estudio más completo sobre la estructura de estos discursos y los tópicos que los conforman, cf. Redondo-Moyano 2010, 322, n. 47.

<sup>37</sup> En el análisis más completo de este tipo de discursos, el de Loraux 1993, se constata que la ciudad se impone sobre el propio elogio del ciudadano. Solo en el discurso de Hipérides (del 322 a. C.) se encuentra el foco sobre el estratega y los soldados caídos en la Guerra Lamíaca.

cívico constituido por la tierra ateniense, característica que los hace autosuficientes y protagonistas de las hazañas gloriosas de esta ciudad por todos conocidas (victoria sobre las Amazonas, leyendas sobre los Heráclidas, sobre los Siete contra Tebas, las Guerras Médicas, etc.). Atenas disfruta de concordia interna, debido al respeto que en ella se otorga a las leyes, de una vida agradable y de un sistema educativo liberal que no está centrado en penosos entrenamientos bélicos<sup>38</sup>.

Todo ello la hace una ciudad abierta para los extranjeros, generosa y dotada de buen gusto. Este dibujo encomiástico de la ciudad se construye en el marco de su enfrentamiento con otras ciudades, en el cual Atenas siempre identifica el bien común con la propia supervivencia. A su vez, el punto de vista adoptado permite tratarla como una unidad, ignorar toda división interna<sup>39</sup> y publicitar el valor como una virtud innata, que Atenas, *méter kai patrís*<sup>40</sup>, les otorga. Esta concepción, aunque deformada y parcial, construyó exitosamente una imagen política de los atenienses y de sus acciones y, como esta imagen solo se elaboró para esta *pólis*, acabó siendo con el tiempo el símbolo de todo heleno<sup>41</sup>.

La misma imagen idealizada y paradigmática de Atenas se encuentra también en la tragedia<sup>42</sup>, particularmente en dos elogios, que aparecen en Eurípides y en Sófocles. El primero se encuentra en *Medea*, obra representada en el 431 a. C., el primer año de la Guerra del Peloponeso y en el que Atenas era todavía una potencia; el segundo en *Edipo en Colono*, que se representó un año después de la muerte de su autor, el 401 a.C., cuando ya Atenas había sido derrotada por Esparta. En ellos se elogian los mismos valores que en el discurso fúnebre, pero se formulan de manera diferente, adecuada a la

---

<sup>38</sup> Como Oliver 1968, 9-13, destaca, a la idealización de Atenas por su educación y por sus aportaciones culturales contribuyó en gran medida Platón (*Timeo*, *Critias* y *Menéxeno*); esta idealización desempeñará un papel muy relevante en el futuro, en el que los hechos históricos atenienses perderán relevancia en comparación con la dominación romana. Por su parte Oudot 2006, 210, pone el foco en las consecuencias de esta educación que permite “la transformation immédiate des *ἄνθρωποι* en *πολίται*”.

<sup>39</sup> Cf. Loraux 1993, 292-293, donde se señala que tal concepción es una abstracción que permite no tomar en consideración las incesantes luchas civiles y políticas que tuvieron lugar.

<sup>40</sup> Esta idea de que el Ática es metafóricamente madre y nodriza del linaje humano y la relación entre ella (*phúsis*) y la virtud de sus habitantes (*areté*) es también sostenida por intelectuales de la época como Platón, cf. Oliver 1968, 10: “Plato actually derived the *areté* of the Athenians from their mythical autochthony” o Lisias 17, cf. Redondo-Moyano 2010, 322

<sup>41</sup> Cf. Redondo-Moyano 2010, 324, n. 57, donde se cita a Schepens 2001, 23 y *passim*, que en sus estudios concluye que debieron existir otras historias de distintas *póleis* que sin duda eran elogiosas, pero que no se nos han conservado más que en escasos fragmentos. Tampoco se nos han conservado las distintas constituciones (150) que estudiaron en la escuela de Aristóteles: como es sabido, hoy día solo podemos leer la constitución de los Atenienses.

<sup>42</sup> En Esquilo, quien en los *Persas* convierte en elogio de Atenas el canto de duelo de los persas vencidos; o en Eurípides, quien en *Suplicantes* trata al rey responsable del sinecismo ateniense, Tesseo, como el símbolo del nuevo régimen democrático, cf. Redondo-Moyano 2010, 325, 58.

trama en la que se ubican y al momento político en el que se representan, e insertos en la tradición mítica ausente en los epitafios<sup>43</sup>. En el primero, que Eurípides pone en boca de las mujeres corintias a propósito de la acogida de Teseo (cf. estásimo tercero), se alaban los orígenes de los atenienses, hijos de Erecteo, que los hace descendientes de los dioses y les otorga el privilegio de la autoctonía; son los dioses los que les hacen sabios, imbatibles en la guerra, amantes de la belleza y practicantes de la *philoxenia* de la que se beneficia Teseo. Este énfasis en la participación divina es superior en la obra de Sófocles, en la que el elogio de la ciudad se encuentra igualmente a cargo del coro y a propósito de otra acogida, la de Edipo. En ella es Poseidón quien protege a Atenas, ciudad madre, y le dota del dominio del mar y de excelentes corceles para los que inventó el freno; Dionisio, quien le proporciona la vid y la hiedra que crecen en sus fértiles valles; Core y Démeter, quienes le aportan abundantes cereales; el dios-río Céfiso, quien fertiliza todo; las Musas y Afrodita, quienes le proporcionan su superioridad intelectual; Zeus y Atenea, quienes le proporcionan el olivo, que alimenta a los atenienses y aterroriza, convertido en arma, a sus enemigos. Este poético discurso, destinado a transmitir esperanza a una ciudad desolada por la derrota sufrida, evitaba el elogio de la democracia derrotada y se centraba en los recursos de los que la ciudad había disfrutado en su época de mayor esplendor<sup>44</sup>.

La estela de este discurso de Sófocles, en el que se dejaba claro que la derrota militar espartana no llevó a la anulación de Atenas, sino a un elogio encendido de esta *pólis* y al odio contra la hegemonía espartana, es bien visible en distintas obras<sup>45</sup>, entre las cuales la más relevante es el *Panatenaico* que compuso Isócrates en el 339 a. C. para ser representado en las fiestas que anualmente se dedicaban a la diosa protectora de la ciudad, Atenea. Como buen rétor, Isócrates se sirve de un procedimiento habitual en retórica, la comparación (§40-41), para lograr su objetivo: mostrar que Atenas ha sido

---

<sup>43</sup> Cf. Redondo-Moyano 2008, 359-364.

<sup>44</sup> Un punto de vista similar se encuentra en un tratado de índole económica, *Los ingresos públicos* o *Las rentas*, que Jenofonte escribió en los últimos años de su vida (c. 355 a. C.). Tras el desastre sufrido por Atenas, se buscaba enseñar a lograr la autarquía económica, es decir, su supervivencia al margen del mundo exterior, dando relevancia, por un lado, a la bondad del medio natural, a su fertilidad, su clima y su riqueza en plata (Laurión) y mármol (Pentélico); y, por otro, dotándola de la idea de centralidad, en el plano físico, que la hacía privilegiada en el marco del comercio marítimo y terrestre, y en el plano simbólico, como lugar en el que convergían lo humano y lo divino, lo que la convertía en superior y paradigmática para los demás, cf. Redondo-Moyano 2010, 326.

<sup>45</sup> Esta corriente se detecta ya en obras anteriores a la derrota ateniense, como *Los Heráclidas* de Eurípides, representada con posterioridad al 430 a. C., en la que se profetiza la traición de los Heráclidas con respecto a Atenas (cf. vv. 1032-1036), o en el discurso fúnebre de Lisias en honor de los aliados corintios, representado ca. 393 a. C., cf. Redondo-Moyano 2010, 327.

más beneficiosa para los helenos que Esparta (§24). Isócrates aborda este objetivo en dos secciones, una referida al pasado de las dos ciudades (§40-107), otra referida a su presente (§108-176). En la primera se da cuenta de la historia de las dos ciudades acotándola en torno a las relaciones que ambas mantuvieron con respecto a los demás griegos y a los bárbaros, para concluir la superioridad ateniense, que siempre buscó la amistad y el bienestar general de los helenos -al contrario que Esparta, que se ocupaba sólo de su bienestar particular-, y que siempre tuvo una actitud hostil con respecto a los bárbaros -no como Esparta que pactó con los persas-. La derrota sufrida por Atenas frente a los lacedemonios se reivindica como un ejemplo de resistencia y de capacidad de recuperación, que se opone a la derrota de los lacedemonios en una única batalla<sup>46</sup>. No se evita, en este apartado histórico, mencionar actitudes poco favorables a Atenas, como los juicios contra sus aliados o los tributos que les impuso o los sufrimientos que les causó (cf. el castigo de los melios), pero su relevancia se minimiza al explicarlos como errores, propios tanto de humanos como de seres divinos, y, particularmente, al compararlos con los cometidos por los lacedemonios, causantes de desgracias y enfermedades para los griegos desde su misma llegada a la Hélade.

La comparación en el presente de ambas *póleis* en relación a sus regímenes políticos se resuelve también a favor de Atenas, a cuya democracia se le hace portadora de valores como la autoctonía y el gobierno basado en la piedad con los dioses y la justicia con los humanos, mientras que de la constitución espartana se resaltan aspectos negativos como la esclavitud a la que sometió a los ocupantes originarios de su tierra y las muertes sin juicio que llevó a cabo. Una originalidad de este discurso consiste en la inclusión en él, por boca de un discípulo de Isócrates, de argumentos a favor de los lacedemonios, como son el haber difundido entre los griegos buenas costumbres (los ejercicios gimnásticos, el orgullo, etc.), que los hace superiores a los defensores de la igualdad de derechos y los pacíficos (es decir, los demócratas), y su carácter belicoso, que les ha librado de verse sometidos y sufrir muchos males. El discípulo que defiende estos argumentos filoespartanos se jacta de haber participado en un elogio doble, basado en la fama que Atenas tiene y en la búsqueda de la verdad. El mero hecho de que se recurra a la fama de los atenienses demuestra el éxito de la autoimagen que los propios atenienses se habían fabricado, y el conjunto de la obra nos muestra los valores que los

---

<sup>46</sup> Se refiere a la batalla de Leuctra que tuvo lugar en 371 a. C. y supuso el fin de la hegemonía espartana.

helenos defendían un año antes de ceder ante el empuje de Filipo II de Macedonia en la batalla de Queronea (338 a. C.).

Como se puede observar, el mérito de Aristides fue ir recogiendo con gran maestría todos los lugares comunes que en la tradición literaria anterior habían servido para la glorificación de una ciudad, los cuales acabaron siendo canonizados y convergiendo en elogios de la ciudad de Atenas, los conocidos como ‘panatenaicos’. De ahí que su *Panatenaico*, como él mismo señala al comienzo, no es una obra que busque destacar por su originalidad, sino por la capacidad del autor para entrelazar todo el conocimiento aprovechable para su objetivo de la literatura que le precedió<sup>47</sup>, si bien incidiendo en los aspectos particulares y en la interpretación que él consideró más convenientes para la época en que compuso el discurso. Aristides, no lo olvidemos, fue un sofista, un intelectual, y, como tal, tenía un exhaustivo conocimiento de la historia pasada y presente, y una metodología de trabajo bien establecida en la tradición retórica<sup>48</sup>, que propiciaba el análisis de todos los ítems convenientes a un tema y su selección (*heúresis*) y la disposición de los mismos en el orden más efectivo (*táxis*).

Esta metodología de trabajo fue la que determinó el particular tratamiento que el sofista dio a la historia de Atenas, cuyo objetivo era mostrar las diferentes formas en las que se manifestaba la virtud de sus habitantes. Aunque las secciones que conforman la ‘Arqueología’ de la ciudad (§24-74) están expuestas a la manera de Tucídides<sup>49</sup>, en el apartado histórico que les sucede, Aristides, lejos de hacer una exposición completa de los sucesos políticos y militares protagonizados por Atenas, ofrece una selección, una visión interesada de los mismos<sup>50</sup>, una reinterpretación que se venía haciendo tradicionalmente para argumentar y justificar las acciones de los distintos momentos históricos por los que fue pasando la ciudad<sup>51</sup>. Así, al contrario que en el discurso de

---

<sup>47</sup> De ahí que Wilamowitz 1925, 349, considerara este discurso de Aristides una ‘meléte colosal’, cf. Reardon 1971, 140, n. 45. Cf. también Oudot 2016, 34, donde se considera que la retórica de Aristides se dedica al ensamblaje y sutura por medio de las cuales subraya que su discurso sigue las vías del destino reservado a Atenas.

<sup>48</sup> Esta capacidad es un resultado de la *paideía* griega, ya que Aristides había seguido todos los pasos que la mejor educación podía dar en su época, que comprendía, tras la educación primaria, la asistencia a la escuela de un *grammatikós* y de un *réthor*, gracias a los cuales dominaban los *progumnásmata* o ejercicios escolares y las técnicas retóricas para la construcción de *melétai*, a la vez que adquirían un amplio bagaje literario e histórico, cf. Oudot 2016, 27.

<sup>49</sup> Cf. Oudot 2006, 200. Las fuentes históricas fundamentales fueron, además de Tucídides, Heródoto y, en menor medida, Jenofonte, cf. Oudot 2016, 29.

<sup>50</sup> Cf. Oliver 1968, 35.

<sup>51</sup> Cf. Gascó 1993, 141, donde se puntualiza que los hechos gloriosos del pasado “se adaptaron y evolucionaron en virtud de las distintas circunstancias que se fueron presentando”.

Pericles, donde la narración histórica venía a constatar la superioridad militar y política de Atenas, Aristides tiene como objetivo demostrar su superioridad cultural, de manera que la narración de las hazañas bélicas se convierte en el escenario sobre el que se ponen de manifiesto las virtudes de los atenienses (la filantropía, la fortaleza, la prudencia, la piedad, la constancia y la magnanimidad): de ahí que en la narración de las Guerras Médicas siga el ejemplo del *Menéxeno* de Platón, atribuyendo a la Batalla de Maratón un valor educativo<sup>52</sup>, y que no haga nunca hincapié en la hegemonía del Imperio Ateniense tal y como lo entendía Pericles, sino que lo mencione siempre sutilmente y justifique su comportamiento como hacía ya Isócrates en su *Panatenáico*<sup>53</sup>: Atenas había ostentado la hegemonía porque otras ciudades la habían persuadido a hacerlo (§227) y, si tuvo que enfrentarse a otros griegos, siempre lo hizo contra su voluntad y sometida “a la necesidad del Imperio” (§ 308).

Esta misma metodología se aprecia en el plano político, cuando Aristides trata de las constituciones atenienses (§383-401): se argumenta que la ciudad fue la primera en instaurar los tres tipos de constituciones que existen (la monarquía, la aristocracia y la democracia), pero se da prioridad a la importancia cultural de este hecho sobre las consecuencias políticas que de ello se pudieran derivar, tratándolas como una evolución dirigida por los atenienses en busca del bienestar de los ciudadanos.

Como Oliver 1968, 35-36 señala, toda la historia de Atenas se reinterpreta en orden a explicar la verdadera fuerza de la ciudad, que es su preeminencia cultural, la cual se manifiesta en la potencia de la retórica, de los discursos: “Aristides shows that all history was a preparation for the Athenian Empire, not just for the noble and beneficial but temporary hegemony of Athens which men call the Athenian Empire, but for the permanent and ubiquitous Athenian Empire (of the *logoi*) for which men yearn and which arose when military and political hegemony passed away”. La auténtica *dúnamis* de la ciudad, el verdadero imperio de los atenienses (§327) es, en consecuencia, la lengua ática, el vehículo mediante el cual los atenienses transmiten la cultura helena a toda la ecúmene<sup>54</sup>. Esta asociación de la lengua como *dúnamis* de Atenas supone una novedad respecto a la idea de *dúnamis* que tenía Pericles y es que, en el nuevo contexto

---

<sup>52</sup> Cf. *Menéxeno* 240d-e, donde Sócrates proclama que, al vencer en dicha batalla, los atenienses se convierten en líderes y educadores de los demás, ya que mostraron al mundo que la potencia persa no era invencible y que el valor está por encima del número y la riqueza, cf. Oliver 1968, 13-14 y Oudot 2016, 40.

<sup>53</sup> Cf. Oliver 1968, 14.

<sup>54</sup> Cf. §322-330 y Oliver 1968, 14.



sociopolítico pacífico que suponía el imperio romano, la exaltación de valores como el arrojo o el ardor bélico griegos carecían de sentido por estar asociados ya a Roma, que había superado militar y políticamente a Atenas, llevando “la constitución mixta al más alto grado de poder” (Hermosa 2019, 372).

Aristides, en este complejo discurso, ha dejado de lado la simple historia factual, compartimentada en períodos que habían expuesto sus predecesores, para aportar un acercamiento axiológico en el cual revela el carácter propio de Atenas, su *êthos*, por medio de eventos y acciones arquetípicas. Este *êthos*, a su vez, confiere a la historia de la ciudad una homogeneidad perfecta, que permite a Aristides presentar la línea política de la ciudad “como una sucesión de actos que no conocen la interrupción” (§79). De este modo, a través de determinados tipos de decisiones y de conductas, se dibuja una Atenas que da origen a un paradigma histórico que alcanza sutilmente el estatuto de historia universal, al ser descrita como el lugar originario no solo de los atenienses, sino de todos los seres humanos, ya que todos los pueblos han adoptado su lengua, su género de vida y su cultura, algo que convierte a Atenas en el corazón de la humanidad<sup>55</sup>.

En una reciente línea de investigación, se postula que la interpretación que se da en el *Panatenaico* a algunos episodios históricos atenienses coincide con la ideología, el modo de acción y de gobierno del imperio romano. Es el caso del Imperialismo ateniense, que parece muy influenciado por la imagen que el propio Aristides da del Imperio Romano en su discurso *A Roma*, al dibujar a los aliados, cada vez más reticentes, de la Liga de Delos, como pueblos semejantes a los que constituían la *oikouménē* romana del siglo II d. C. O es el caso de la descripción de la colonización ateniense como una progresión en círculos concéntricos que construye la ficción de un espacio homogéneo y equilibrado en torno a un centro, que recuerda el espacio romano contemporáneo, donde la capital, Roma, se había rodeado de diversas formas de *limes*. O es el caso, por último, de la exposición que se hace de los tres regímenes políticos que nacieron en Atenas, cuna de la ciencia política, que desemboca en un régimen mixto perfecto que se asemeja bastante al régimen del principado romano. Se exponen, así, un modelo de ocupación del espacio y un modelo de gobierno ideal que encuentran su realización más exitosa en el imperio romano contemporáneo. Dentro del ambiente ideológico y retórico en el que se movía Aristides, su relato histórico viene a actuar como una “pre-historia” del Imperio romano, que recompensa las enseñanzas que

---

<sup>55</sup> Cf. §322-330 y Oudot 2016, 45.

Atenas le ha prodigado con numerosos honores; de ahí que el final del *Panatenaico* celebre la felicidad y la prosperidad de la que, gracias a Roma, disfruta la Atenas contemporánea<sup>56</sup>.

Por medio de este *Panatenaico* Aristides, al amalgamar el relato histórico, la oración fúnebre, las aportaciones de los poetas y de los intelectuales helenos en un discurso cuya finalidad declarada es perseguir la verdad<sup>57</sup>, se presenta a sí mismo como el paradigma de un nuevo tipo de orador ático, cuya misión es no solo eulógica, sino una apelación a la concordia dentro del helenismo, siguiendo la estela de la política que los emperadores, especialmente Hadriano, llevaban a cabo en territorio heleno<sup>58</sup>.

## 5. Recapitulación.

Favorecido por las circunstancias sociopolíticas y culturales, la retórica obtuvo un desarrollo creciente a lo largo de los siglos I-III d. C. Sobresaliendo por encima de la retórica deliberativa y judicial, el género epidíctico ocupó un lugar destacado dentro de la producción literaria de la época en detrimento de la poética, que, a menudo, encontró un nuevo acomodo dentro de los discursos encomiásticos. Uno de los tipos de elogios que proliferaron en esta época, junto con los elogios a personas y a la divinidad, son los panegíricos de ciudades. Entre los panegíricos más representativos del encomio a ciudades encontramos el *Panatenaico* de Elio Aristides, compuesto hacia la mitad del siglo II d. C.

Con motivo de la alabanza a la ciudad de Atenas, Aristides, reúne en su obra todos los lugares comunes que a lo largo de la tradición habían servido para encomiar a la ciudad, enlazando con gran maestría las aportaciones de los géneros poéticos, la oración fúnebre, la historia y los tratados políticos en la elaboración de su discurso. Toda esta herencia cultural y literaria converge en su obra, si bien el autor incide en aspectos particulares, haciendo, a su vez, un uso interesado de los mismos. Como hemos visto, los epítetos puramente descriptivos que encontramos en las obras homéricas resultaron en un apartado inicial dedicado a la geografía del lugar. Asimismo, la exaltación de la

---

<sup>56</sup> Cf. Oudot 2016, 23 y 45 ss.

<sup>57</sup> Cf. §185-188 y Oudot 2016, 51.

<sup>58</sup> Cf. Oudot 2016, 56-57.

buena relación con la divinidad de la que dan cuenta tanto los epinicios como los trágicos resultan ser para Aristides el origen del carácter ateniense, derivado de la tierra a la que pertenecen y han pertenecido siempre y también de los numerosos dones que los dioses les otorgaron. Es por ello que, gracias a la virtud innata y su autoctonía, los atenienses fueron capaces de protagonizar numerosas hazañas superando a todos en virtud, valor y justicia. También hemos podido observar que ya no es el individuo el foco de atención, sino que este se trasladó a la colectividad política a la que dicho individuo pertenece, la *pólis*, al igual que sucede en las obras de Píndaro y Baquílides y en el discurso fúnebre. Atenas representa en el discurso el modelo ideal de ciudad, debido a su concordia interna, sus virtudes y su capacidad de resistencia en tiempos difíciles, cualidades que no resultan empañadas por los abusos del Imperio ateniense, los cuales aparecen justificados como errores propios de humanos y dioses. Por todo ello, la visión idealizada e interesada de la ciudad se convirtió en un símbolo, la enseña bajo la que se agrupa a toda la comunidad helena, que es, a su vez, la educadora de todo el Imperio romano.

Por tanto, podemos afirmar que la obra de Aristides, como era habitual en la época, no busca destacar por la originalidad de los argumentos que en ella se recogen, sino, más bien, por la capacidad del sofista para hacer confluir de manera clara y ordenada todos aquellos *tópoi* e ideas que a lo largo de la tradición literaria habían servido para el enaltecimiento de las ciudades en general y de Atenas en particular.

## 6. Bibliografía.

ALSINA J., 1988, «La segunda Sofística», en: J. A. López-Eire (ed.) *Historia de la Literatura Griega*, Madrid: Cátedra, 1039-1057.

ARISTIDES, 1987, *Discursos*. Vol. I. [Biblioteca Clásica Gredos, 106.] (introducción, traducción y notas de Gascó F. & Ramírez de Verger A.) Madrid: Gredos.

BOULANGER, A., 1923, *Aelius Aristide et la sophistique dans la province d'Asie au IIe siècle de notre ère*, Paris: E. de Boccard.

BOWERSOCK, G. W., 1969, *Greek Sophists in the Roman Empire*, Oxford: Oxford University Press.

BURNETT, A. P., 1985, *The Art of Bacchylides*, Cambridge (Ma.) / London: Harvard University Press.

CABALLERO LÓPEZ, J. A., 2012, «La oratoria ‘política’ del Rétor Elio Aristides» (Conferencia que tuvo lugar el 13 de diciembre de 2012 en la Universidad del País Vasco). Extraído de YouTube el 11 de febrero de 2021: [https://www.youtube.com/watch?v=q66ZvVLThZA&ab\\_channel=UPV%2FEHU](https://www.youtube.com/watch?v=q66ZvVLThZA&ab_channel=UPV%2FEHU)

CORTÉS COPETE, J. M., 1995, *Elio Aristides. Un sofista griego en el Imperio Romano*, Madrid: Ediciones Clásicas.

DOUGLAS, M., 2007, «Conclusion: The prestige of the Games», en: S. Hornblower, C. Morgan (eds.), *Pindar's Poetry, Patrons, and Festivals: From Archaic Greece to the Roman Empire*, Oxford: Oxford University Press, 391-408.

FILÓSTRATO, 1982, *Vidas de los sofistas*, [Biblioteca Clásica Gredos, 55] (Introducción, traducción y notas de Giner Soria M. C.) Madrid: Gredos, 192-198.

GASCÓ, F., 1993, «Modelos del Pasado entre los Griegos del S. II D.C. El Ejemplo de Atenas», en *Polis, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, nº 5, Madrid, 139-149.

HERMOSA ANDÚJAR A., 2019, «De Atenas a Roma: Elio Aristides y la romanización de Grecia», en: *Gerión. Revista de Historia Antigua* nº 37/2, 363-379, DOI: <https://doi.org/10.5209/geri.65978>

LORAU, N., 1993, *The Invention of Athens: The Funeral Oration in the Classical City*, Princeton, Princeton University Press.

LOPETEGI SEMPERENA, G. & REDONDO MOYANO, E., 2007, «La evolución de la teoría retórica durante los siglos IV al IX», en Guadalupe Lopetegui Semperena, M<sup>a</sup> Teresa Muñoz García de Iturrospe, & Elena Redondo-Moyano (eds.), *Antología de textos sobre retórica (ss. IV-IX)*, Leioa: Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 46-51.

MENANDRO EL RÉTOR, 1996, *Dos tratados de retórica epidíctica*. [Biblioteca Clásica Gredos, 225.] (Introducción de Gascó, F. Traducción y notas de García, M. & Gutierrez, J.) Madrid: Gredos.

OLIVER, J. H., 1968, *The Civilizing Power. A Study of the Panathenaic Discourse of Aelius Aristides against the Background of Literature and Cultural Conflict, with Text, Translation and Commentary (=Transactions of the American Philosophical Society 58/1)*, Filadelfia: The American Philosophical Society.

OUDOT, E., 2006, «L'Athènes primitive sous l'Empire romain: l'exemple du Panathénaïque d'Aelius Aristide», *Anabase*, n° 3, 195-212. DOI: <https://doi.org/10.4000/anabases.2809>

—2016, «Le Panathénaïque d' Aelius Aristide (or. I), les voies et les enjeux d'une nouvelle histoire d' Athènes», en *Aelius Aristide écrivain*, L. Pernot, G. Abbamonte, M. Lamagna (eds.), Turnhout: Brepols Publishers, 23-58.

PERNOT, L., 1993, *La rhétorique de l'éloge dans le monde Gréco-romain*, vol. I, Paris: Institut d'Études Augustiniennes.

REARDON, B. P., 1971, *Courants littéraires grecs des II<sup>e</sup> et III<sup>e</sup> siècles après J.-C.*, Paris: Les Belles Lettres.

REDONDO MOYANO, E., 2010, «La propaganda de ciudades griegas», *Kleos XXI*, 341-368.

—2008, «Elogio, vituperio y valores en la tragedia griega clásica», en: *Teatro y sociedad en la Antigüedad Clásica*, J. V. Bañuls, F. de Martino, C. Morenilla (eds.), Bari: Levante Editori, 341-368.

RITCHER, D. & WILLIAM A. J., 2017, *The second Sophistic*, Oxford: Oxford University Press.

TEÓN, HERMÓGENES & AFTONIO, 1991, *Ejercicios de retórica*. [Biblioteca Clásica Gredos, 158.] (Introducción, traducción y notas de Reche Martínez, M. D.) Madrid: Gredos.

WILAMOWITZ-MOELLENDORFF, U., 1925, «Der Rhetor Aristides», *Sitzungsberichte der preussischen Akademie der Wissenschaften*, nº 28, 333-353.

## ANEXO I: Obras de Aristides.

Si bien en el segundo apartado, dedicado a la vida y la obra del autor, se ha expuesto brevemente la producción literaria de Aristides, se ha preferido, para mayor claridad, ofrecer un esquema más desarrollado en el presente apartado. Así pues, a continuación se recoge la clasificación de su producción literaria con más detalle y añadiendo los títulos de las obras en cada apartado<sup>59</sup>:

- Declamaciones (12)
- Discursos políticos (6):
  - Sobre la concordia (2): *A las ciudades sobre la concordia* y *A los rodios*
  - Serie esmirniota (4): *Discurso político esmirniota*, *Carta a los emperadores*, *Palinodia sobre Esmirna* y *A Cómodo*.
- Discursos epidícticos (8):
  - Panegíricos de ciudades (3): *Panatenaico*, *A Roma* y *A Cícico*.
  - Discursos fúnebres (4): *Monodia sobre Esmirna*, *Eleusinio*, *Eteoneo* y *Alejandro*.
  - Discurso de aniversario (1): *Apelas*.
- Himnos (11):
  - A los dioses (8): *Himno a Atenea*, *Los hijos de Asclepio*, *Himno a Heracles*, *Himno a Dioniso*, *Discurso a Asclepio*, *Himno a Zeus*, *Himno a Serapis* e *Himno a Poseidón*.
  - Otros (3): *Al pozo del Asclepeion*, *Al mar Egeo* y *Sobre el agua de Pérgamo*.
- Obras teóricas (6):
  - Discursos “platónicos” (3): *Sobre la retórica*, *Por los cuatro* y *A Capitón*.

---

<sup>59</sup> Al igual que en el segundo apartado se ha seguido la clasificación ofrecida por Reardon 1971, 125-126, n. 14.

- Otros (3): *Sobre la digresión, A los que le reprochan no declamar y Contra los que profanan la elocuencia.*
- *Disertación (1): Contra las representaciones dramáticas.*
- *Discursos Sagrados (6)*
- *Discurso a Egipto.*



## **ANEXO II: La recepción de Aristides.**

La obra de Aristides fue un eslabón más de la cadena de la tradición que une el helenismo clásico con la tradición Bizantina y Occidental posterior. Desde la propia publicación del *Panatenaico*, esta obra fue considerada como la mejor del autor y probablemente de la retórica de la época. Por tanto, no es de extrañar que Aristides entrase a formar parte del canon académico de los futuros rétores, como demuestran los *progumnásmata* que nos han llegado. Además, llegará a ser también el modelo principal para el teórico Menandro el Rétor, quien en sus *Dos tratados sobre retórica epidíctica* estableció el mejor modo de composición del elogio a una ciudad basándose en el *Panatenaico* de Aristides.

Posteriormente, en el siglo XI se llevó a cabo una importante labor por parte del erudito bizantino Miguel Pselos con la intención de recuperar la elegancia del estilo griego. Para ello recurrió a quienes eran considerados los mejores rétores de la Antigüedad: Demostenes, Lisias, Isocrates y Aristides, entre los cuales el primero y el último fueron los más empleados. Siglos más tarde, nuestro sofista seguía manteniéndose entre los tres mejores autores de la Antigüedad para el patriarca Gregorio II de Constantinopla (ca. 1240-1290), rivalizando con Platón y Demóstenes. Esta tendencia se mantuvo al menos durante el siglo siguiente en el que vivieron sus alumnos Teodoro Metoquita y Nicéforo Grégoras.

En occidente, Aristides recaló especialmente en Florencia durante los siglos XV y XVI. Fue en esta época cuando se llevó a cabo la primera traducción al latín del *Panatenaico* y del discurso *A Roma*. Este hecho contribuyó notablemente al canon del estilo Italiano que acabó por materializarse en la obra *Laudatio Florentinae Urbis* de Leonardo Bruni sobre el 1403.

En los siglos XVIII-XIX, encontramos una segunda traducción del texto griego al latín por parte del inglés Willem Canter. Además, otros eruditos como Reiske, Keil o Beecke realizaron diferentes estudios que ayudaron a esclarecer pasajes que hasta entonces se consideraban oscuros. Dichos estudios continuaron durante el siglo XX

hasta nuestros días, época durante la que se tradujeron las obras de Aristides a las lenguas modernas<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> El propio Oliver 1968, 7 da cuenta de las dificultades que tuvo al escribir su monografía sobre este autor, que había sido excluído de las ediciones de Oxford, Budé, Loeb o Tubner. De hecho, asegura que la suya es la primera traducción del *Panatenaico* de Elio Aristides a una lengua moderna.